



El piloto ciego

Giovanni Papini

Jorge Luis Borges aseguraba que de Giovanni Papini, uno de sus escritores predilectos, pervivirían algunos aforismos, algunas páginas, algunos cuentos... Y entre ellos figuran sin duda varios de los que componen *El piloto ciego*, una de las grandes obras de la literatura fantástica de principios del siglo XX que, inexplicablemente, desde hace décadas no ha sido reeditada en español. Maestro de Dino Buzzati y discípulo de Edgar Allan Poe, «si los cuentos papinianos no reflejan el terror o la morbosidad de la temática de Poe, es evidente que en ellos se desborda la extrañeza y la reflexión metafísica, tratadas con mayor o menor grado de ironía y sarcasmo junto a una magnífica práctica del *suspense*, que acaba provocando en el lector un efecto abrumador de sorpresa, desconcierto y turbación». En todos estos relatos, «envueltos en el humor cáustico de Papini», se refleja la melancolía que emana del escepticismo. A eso se refería Borges cuando afirmaba: «Estos cuentos proceden de una fecha en que el hombre se reclinaba en su melancolía y en sus crepúsculos...».

Basado en la segunda edición, publicada en Florencia en 1913. En ella Papini cambió los últimos cuatro cuentos de la primera edición, que le gustaban menos que los demás, por otros cuatro publicados años después.

Todas las ediciones posteriores de *El piloto ciego*, entre ellas la recogida en las *Obras completas* de Papini tanto en italiano como en español, han respetado la modificación fijada por el autor en aquella segunda edición.

Dos imágenes en un estanque

(Due immagini in una vasca, 1906)

¿Sólo para volver a ver mi rostro en un estanque muerto, lleno de hojas muertas, en un jardín estéril, me detuve, después de tanto tiempo, en la pequeña capital? Cuando llegué allí no pensaba tener otra razón que ésta.

Volviendo del mar y de las grandes ciudades de la costa, sentía el deseo de las tierras escondidas, de las calles estrechas, de los muros silenciosos y un poco ennegrecidos por las lluvias. Sabía que encontraría todo eso en la pequeña capital, donde, durante cinco años, había estudiado las ciencias más germánicas y más fantásticas.

Recordaba con frecuencia la querida ciudad, tan sola en medio de la llanura, como una desterrada (he pensado siempre que también hay ciudades exiliadas de su verdadera patria), sin río, sin torres ni campanarios, casi sin árboles, pero toda tranquila y resignada en torno al gran palacio rococó, en que charla y duerme la corte. Por las calles, cada cien pasos, hay un pozo, y cerca del pozo, una fuente, y encima de cada fuente, un guerrero de barro cocido, pintado de azul y de rojo descolorido.

Recordaba también la casa donde viví durante los años de mi noviciado científico. Mis ventanas no daban sobre la plaza, sino sobre un gran jardín encerrado entre casas, donde había, en un ángulo, un estanque ceñido por rocas artificiales. Nadie se preocupaba del jardín: el viejo señor estaba muerto y la hija, aburrida y devota, consideraba los ár-

boles como otros tantos descreídos, y las flores, como tentadoras vanidosas.

También el estanque estaba muerto por su culpa. Ya no salía de su seno ningún surtidor. El agua parecía tan inmóvil y cansada como si fuera la misma desde quién sabe cuántos años. Por otra parte, las hojas de los árboles la cubrían casi enteramente, y también las hojas parecían caídas allí dentro en los otoños de siglos pasados.

Este jardín fue el lugar de mis alegrías mientras viví en la pequeña capital. Tenía libertad de poder entrar en él a cualquier hora; apenas terminada la escuela, me sentaba con algún libro cerca del estanque y, cuando estaba cansado de leer o faltaba la luz, intentaba ver mis ojos reflejados en el agua, o contaba las viejas hojas y seguía con estática ansia sus lentos viajes bajo la respiración desigual del viento. Algunas veces, las hojas se abrían o se reunían todas hacia el fondo, y entonces veía dentro del agua mi rostro, y lo miraba tan largamente que me parecía que ya no existía por cuenta mía, con mi cuerpo, sino que era solamente una imagen fijada en el estanque para la eternidad.

Por esto corrí enseguida al jardín apenas llegué a la pequeña capital. Habían pasado muchos años, pero la ciudad seguía siendo la misma. Por las mismas calles angostas pasaban las mismas mujeres pequeñas y rubicundas con sus sombreros ajados, y los guerreros de barro cocido, inútiles y ridículos, se apoyaban en la empuñadura de sus espadas azules sobre las frecuentes fuentes.

También el jardín estaba como lo había dejado; también el estanque estaba allí como lo vi por última vez, antes de regresar a mi patria. Alguna rama más en la arboleda, alguna hoja de más en el estanque y todo el resto como en el tiempo pasado. Quise volver a ver mi cara en el agua y me di cuenta de que era distinta, bastante distinta de la que yo recordaba tan claramente. El encanto de aquel estanque, de aquel lugar, se apoderaba de nuevo de mí. Me senté en una de las escolleras artificiales y con la mano removí las

hojas muertas para hacer un espejo mayor a mi rostro transfigurado.

Hacía algunos minutos que estaba mirando mi imagen y pensando en las extrañas leyes del tiempo, cuando vi dibujarse en el agua, junto a la mía, otra imagen. Me volví impetuosamente: un hombre se había sentado junto a mí y se miraba, junto a mí, en el estanque. Lo miré como en sueños; lo miré todavía más y tuve la impresión de que se me parecía. Dirigí los ojos al estanque y contemplé de nuevo su imagen reflejada sobre el fondo oscuro. En un momento me di cuenta de la verdad: *¡Su imagen era igual a la mía reflejada siete años antes!*

En otros tiempos, acaso, eso me hubiera asustado y hubiese gritado, sin duda, como quien se ve preso en el círculo de alguna invencible obsesión. Pero ahora sabía que solamente lo imposible se hace algunas veces real y por eso no me aterró demasiado. Tendí mi mano al hombre, que me la estrechó, y le dije:

—Yo sé que tú eres yo; un yo pasado hace tiempo, un yo que creía muerto, pero que vuelvo a ver aquí, tal como lo dejé, sin ningún cambio visible. Yo no sé, mi viejo yo sobrevivido, lo que quieres de mí ahora, pero cualquier cosa que me pidas no sabré negártela.

El hombre me contempló con cierto estupor, como si me descubriera, y me contestó, después de algún momento de vacilación:

—Quisiera estar contigo. Cuando creíste que partías para siempre yo me quedé aquí, en esta ciudad, donde el tiempo no transcurre, sin moverme, sin hacer nada, esperándote. Sabía que volverías. Habías dejado la parte más sutil de tu alma en el agua de este estanque, y de esta alma he vivido hasta hoy. Pero ahora quisiera volverme a unir contigo, estar cerca de ti, escuchando la narración de tus vidas de estos últimos años. Yo soy como tú eras entonces y sólo conozco de ti lo que tú conocías entonces. Comprende mi deseo de saber y de escuchar. Tenme de nuevo

como tu compañero, hasta que partas una vez más de esta ciudad detenida en medio del tiempo.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza y salimos del jardín mano con mano, como dos hermanos.

Empezó entonces para mí uno de los períodos más singulares de esta vida mía, ya tan diversa de la de cualquier hombre. Viví conmigo mismo —con el yo mismo transcurrido— algunos días de imprevista alegría. Mis dos yos iban por las calles mal empedradas, bajo el silencio que reinaba desde hacía tanto tiempo en la pequeña capital —¡un silencio que databa del siglo decimooctavo!—, y hablaban sin cansarse, intentando recordar las cosas que vieron, los hombres que conocieron, los sentimientos que los agitaron, los sueños que dejaron un amargo sabor en sus espíritus. Las dos almas —la antigua y la nueva— buscaron juntas la Universidad, silenciosa y sepulcral como un monasterio de montaña; vagaron por el jardín a la francesa, detrás del palacio rococó, donde las estatuas, mutiladas y llenas de líquen, no se dignaban mirar las avenidas sin fin, y llegaron hasta el *Liliensee*, un estanque mal excavado que, por decreto de los viejos príncipes, había llegado a obtener el nombre de lago. Yo no puedo recordar aquellos días de confidencias sin volver a sentir calor en el corazón.

Pero, después de los primeros días de amables efusiones, empecé a sentir un tedio inexpresable escuchando a mi compañero. Ciertas ingenuidades, ciertas brutalidades, ciertos gestos grotescos que ostentaba continuamente, me desagradaban. Me di cuenta, además, hablando largamente con él, de que estaba lleno de ideas ridículas, de teorías ahora ya muertas, de entusiasmos provincianos por cosas y hombres que yo ni siquiera recordaba. Él prestaba fe a ciertas palabras, se conmovía ante ciertos versos, se exaltaba con ciertos espectáculos que a mí, en cambio, me inspiraban disgusto o sonrisas.

Su cabeza estaba todavía llena de aquel romanticismo genérico, a grandes dosis, hecho de cabelleras desordena-

das, de montañas malditas, de bosques oscuros, de tempestades y batallas con redobles de truenos y de tambores; su corazón se deshacía en aquel *pathos* germánico (flores azules, luna entre nubes, tumbas de amantes, cabalgadas nocturnas, etc.) del que vivían hace cien años los delicados petimetres melancólicos y las señoritas rubias un poco gordas.

Su ingenuo orgullo, su inexperiencia del mundo, su profunda ignorancia de los secretos de la vida, que en los primeros momentos me habían divertido, acabaron por provocar en mí una especie de compasión despreciativa que, poco a poco, se convirtió en repugnancia.

Durante algunos días supe resistir a mi deseo de insultarlo o de huir: pero una mañana, después que él hubo declamado con gran énfasis un *lied* estúpidamente patético, sentí que mi desprecio se cambiaba en odio.

«Y, sin embargo —pensé—, este hombre del que me río, este joven estúpido e ignorante, ha sido, en otro tiempo, yo mismo. Todavía es, de alguna manera, yo mismo. Durante estos largos años he vivido, he visto, he adivinado, he pensado, y él se ha quedado aquí, en la soledad, intacto, perfectamente igual a lo que yo era el día en que dejé estos lugares. Ahora mi yo presente desprecia a mi yo pasado, y, sin embargo, en aquel tiempo creía, aún más que hoy, que era el hombre superior, perfecto, alto y noble, el sabio universal, el genio en espera. Y recuerdo que entonces despreciaba a mi yo pasado, a mi pequeño yo de niño ignorante y todavía no refinado. Ahora desprecio a aquel que despreciaba. Y todos estos despreciadores y despreciados han tenido el mismo nombre, han habitado el mismo cuerpo, han aparecido a los hombres como un solo viviente. Después de mi yo presente, otro se formará que juzgará mi alma de hoy igual que yo juzgo la de ayer. ¿Quién tendrá piedad de mí, si yo no la tengo de mí mismo?»

Mientras pensaba así, mi antiguo yo hablaba y declamaba. Yo ya no tenía nada que decirle y callaba; él no tenía

nada que decirme, pero, en lugar de callar, fabricaba frases estúpidas y recitaba poesías horriblemente largas. ¿Qué había de común ahora entre nosotros? Terminados los recuerdos del pasado lejano, yo no podía hablar con él del pasado próximo, de todo mi mundo más reciente de bellezas descubiertas, de corazones amados y destrozados, de paradojas improvisadas junto a la mesilla de té, y mucho menos del sueño doloroso que llena ahora toda mi alma. Era inútil decirle todo esto: no me comprendía. El sonido de ciertas palabras que me sugería toda una escena, las asociaciones de ideas que en mí suscitaba un nombre, un perfume, no decían nada a su alma. Él me rogaba que le hablara y, si consentía, me escuchaba con curiosidad, pero sin sentir, sin comprender, sin revivir conmigo lo que le contaba. Sus ojos se perdían en el vacío, y, apenas yo callaba, recomenzaba sus declamaciones sentimentales.

Llegó, pues, un día en que el odio contra aquel yo mío pasado ya no supo contenerse. Le dije entonces, con mucha firmeza, que no podía seguir viviendo con él y que tenía que rehuir su compañía para dominar mi disgusto. Mis palabras lo sorprendieron y lo entristecieron profundamente. Sus ojos me miraron suplicando. Su mano me apretó más fuerte.

—¿Por qué quieres dejarme? —dijo, con su odiosa voz de pasión teatral—, ¿por qué quieres dejarme una vez más tan solo? ¡He esperado durante tanto tiempo en silencio, durante tantos años he contado las horas que me acercaban a estos momentos! Y ahora que estás conmigo, y que te amo, que hablamos de los dulces recuerdos del pasado, y del amor, y de la belleza del mundo, ¿quieres dejarme solo en esta ciudad tan triste, tan lentamente triste?

Contesté con un gesto de rabia. Pero cuando me dispuse a marcharme, sentí su brazo que me apretaba con violencia y oí su voz que me decía sollozando:

—No, tú no te irás. ¡No te dejaré ir! Soy tan feliz ahora al poder hablar con alguien que me pueda comprender,

con alguien que tiene un corazón todavía ardiente, que viene de la ciudad de los vivos, que puede compadecer todos mis gemidos y acoger mis confesiones... No, tú no te irás, ¡no podrás irte! ¡No permitiré que te vayas!

Tampoco esta vez contesté y durante todo el día me quedé con él, sin hablar. Él me contemplaba en silencio y me seguía siempre.

Al día siguiente me preparé para irme, pero él se puso delante de mi puerta y no me dejó salir hasta que le hube prometido que me quedaría con él durante aquel día.

Así pasaron cuatro días. Intentaba huir de él, pero él me seguía a cada momento, aburriéndome con sus lamentos e impidiéndome, incluso con la fuerza, partir de la ciudad. Mi odio y mi desesperación aumentaban de hora en hora. Finalmente, al quinto día, viendo que no podía librarme de su celosa vigilancia, pensé que sólo me quedaba un medio, y salí resueltamente de casa seguido por su lamentable sombra.

Fuimos, también aquel día, al estéril jardín donde había pasado tantas horas bajo su aspecto y con su alma, y nos acercamos, también aquel día, al estanque muerto lleno de hojas muertas. También aquel día nos sentamos en las falsas rocas y apartamos con las manos las hojas para contemplar nuestras imágenes. Cuando aparecieron nuestros rostros, ambos, próximos, en el espejo oscuro del agua, yo me volví rápidamente, cogí mi yo pasado por las espaldas y lo arrojé con el rostro contra el agua, en el sitio donde aparecía su imagen. Empujé su cabeza hacia el fondo y la mantuve quieta, con toda la energía de mi odio exasperado. Él intentó debatirse, sus piernas se agitaron violentamente, pero su cabeza permaneció en la onda temblorosa del estanque. Después de algunos minutos noté que su cuerpo se debilitaba y se volvía blando. Entonces lo dejé y él cayó todavía más hacia abajo, hacia el fondo del agua. Mi odioso yo pasado, mi ridículo y estúpido yo de los años muertos, estaba muerto para siempre.

Salí con calma del jardín y de la ciudad. Nadie se inquietó nunca por este suceso. Y ahora vivo todavía en el mundo, en las grandes ciudades de la costa, pero si la alegría me asalta con sus estúpidas risas, pienso que soy el único hombre que se ha matado a sí mismo y que sigue viviendo.

Historia completamente absurda

(Storia completamente assurda, 1906)

Hace unos cuantos días, mientras estaba escribiendo, con una ligera irritación, algunas de las más falsas páginas de mis memorias, oí llamar levemente a la puerta, pero no me levanté ni contesté. Los golpes eran demasiado débiles y no me gusta tener tratos con los tímidos.

Al día siguiente, a la misma hora, oí llamar de nuevo y esta vez los golpes fueron más fuertes y más resueltos. Pero tampoco aquel día quise abrir, porque no me gustan nada los que se corrigen demasiado pronto.

Al día siguiente, y siempre a la misma hora, los golpes se repitieron en tono violento y, antes que pudiera levantarme, vi abrirse la puerta y entrar la mediocre persona de un hombre bastante joven, con la cara un poco encendida y la cabeza cubierta por cabellos rojos y rizados, que se inclinaba torpemente sin decir palabra. En cuanto encontró una silla se dejó caer en ella y, como yo me había quedado en pie, me señaló el sillón para que me sentara. Una vez le hube obedecido, creí que tenía el derecho de preguntarle quién era y le rogué, con voz nada amable, que me comunicara su nombre y la razón que lo había obligado a invadir mi cuarto. Pero el hombre no se alteró y me dio a entender enseguida que deseaba seguir siendo, por el momento, lo que era para mí: un desconocido.

—La razón que me trae a usted —prosiguió, sonriendo— está dentro de mi cartera y se la daré a conocer ensegui-

da.

En efecto, me di cuenta de que llevaba en la mano una cartera de cuero amarillo sucio, con unos adornos de latón oxidado; la abrió enseguida y sacó de ella un libro.

—Este libro —dijo, poniéndome ante los ojos el gordo volumen forrado con papel antiguo a grandes flores color rojo de hierro— contiene una historia imaginaria que he creado, inventado, escrito y copiado. Sólo he escrito esta historia en toda mi vida y me permito creer que no le desagradará. Hasta ahora sólo lo conocía de oídas y, solamente hace pocos días, una mujer que lo ama me ha dicho que usted es uno de los pocos hombres que sabe no asustarse de sí mismo y el único que ha tenido el valor de aconsejar la muerte a muchos semejantes nuestros. Por todo ello, he pensado leerle esta historia mía, que narra la vida de un hombre fantástico al que le suceden las aventuras más singulares e insólitas. Cuando la haya escuchado me dirá qué tengo que hacer. Si la historia le gusta, me prometerá hacerme célebre dentro de un año; si no le gusta, me mataré dentro de dos días. Dígame si acepta estas condiciones, y yo empiezo.

Vi que no podía hacer otra cosa que persistir en la conducta pasiva que había mantenido hasta entonces y le anuncié, con una mueca que no conseguí hacer amable, que lo escucharía y haría todo cuanto deseaba.

El hombre empezó la lectura. Las primeras palabras se me escaparon; a las otras estuve más atento. De repente agucé el oído y sentí un pequeño estremecimiento por la espalda. Dos o tres minutos después mi rostro enrojeció; mis piernas se movieron nerviosamente y no pude evitar levantarme. El desconocido suspendió la lectura y me miró, interrogándome humildemente con toda la cara. Yo también lo interrogué con la mirada, pero estaba demasiado aturdido para echarlo de allí y le dije simplemente, como un idiota mundano cualquiera:

—Continúe, por favor.

La extraordinaria lectura continuó. No podía estar quieto en el sillón: los escalofríos me recorrían, no sólo la espalda, sino la cabeza y todo el cuerpo. Si me hubiera visto la cara en un espejo acaso me habría reído y todo habría pasado, porque, probablemente, debía de estar pintada de un abyecto estupor y de una incierta ferocidad. Intenté, por un momento, no escuchar las palabras del tranquilo lector, pero sólo conseguí confundirme más, y así escuché toda, palabra por palabra, pausa por pausa, la historia que el hombre leía con su cabeza roja inclinada sobre el bien encuadernado volumen. ¿Qué debía o podía hacer en aquella singularísima circunstancia? ¿Agarrar al maldito lector y echarlo fuera del cuarto como un fantasma inoportuno?

Pero ¿por qué tenía que hacer todo eso? Sin embargo, aquella lectura me proporcionaba un fastidio inexpresable, una impresión penosísima de sueño absurdo y desagradable sin esperanzas de despertar.

Finalmente, la lectura terminó. No sé cuántas horas había durado, pero noté, aun dentro de mi confusión, que el lector tenía la voz ronca y la frente empapada de sudor. Finalmente, el libro fue cerrado y colocado de nuevo en la cartera. El desconocido me miró con ansiedad, pero sus ojos no eran tan ávidos como antes. Mi abatimiento era tan grande que él mismo lo advirtió, y su maravilla creció enormemente cuando vio que me frotaba un ojo y no sabía qué decir. En aquel momento me parecía que nunca más podría hablar, y las cosas más simples que estaban a mi alrededor se hicieron de repente, a mi vista, tan extrañas y hostiles que casi me atemorizaron.

Todo esto parece muy vil y vergonzoso, incluso en mí, que no tengo ninguna indulgencia para mi turbación. Pero la razón de todo aquel trastorno era muy fuerte: *La historia que había leído aquel hombre era la narración exacta y completa de toda mi vida íntima y exterior.* Durante aquel tiempo había escuchado la relación minuciosa, fiel, inexorable, de cuanto había sentido, soñado y hecho, desde que

había aparecido en el mundo. Si un ser divino, lector de corazones y testimonio invisible, hubiera estado junto a mí desde el nacimiento y hubiese escrito lo que hubiera visto de mis pensamientos y de mis actos, habría escrito una historia perfectamente igual a la que el desconocido lector declaraba imaginaria e inventada por él. Estaban recordadas todas las cosas más pequeñas y más secretas, y ni siquiera un sueño, o un amor, o una vileza escondida, o un cálculo innoble, se habían escapado al escritor. El terrible libro contenía incluso acontecimientos y matices de pensamiento que yo había olvidado y que solamente recordaba ahora, al escucharlos.

Mi confusión y mi temor provenían de esa exactitud impecable y de esa inquietante escrupulosidad. Yo nunca había conocido a aquel hombre, aquel hombre afirmaba no haberme conocido nunca. Vivía muy solitario, en una ciudad donde nadie viene si no se ve obligado por la casualidad o la necesidad, y a ningún amigo, si realmente podía decir que los tenía, había confiado nunca mis aventuras de cazador furtivo, mis viajes de ladrón de almas, mis ambiciones de voluntario de lo inverosímil. Nunca había escrito, ni para mí ni para los demás, una relación completa y sincera de mi vida, y, precisamente aquellos días, estaba fabricando unas memorias falsas para esconderme de los hombres incluso después de la muerte.

¿Quién, pues, podía haber dicho a aquel hombre todo aquello que narraba sin pudor y sin piedad en su odioso libro forrado de papel antiguo de color oxidado? ¡Y él afirmaba que había *inventado* aquella historia y me presentaba *mi vida*, toda mi vida, como una historia *imaginaria*!

Me sentía terriblemente turbado y conmovido, pero de una cosa estaba seguro: aquel libro no debía ser comunicado a los hombres. Aunque se muriera su autor: no podía permitir que mi vida fuera divulgada de aquella manera entre todos mis *enemigos impersonales*.